

Una vez cada tres años, leemos el relato de la caída del hombre en la misa dominical para comenzar la Cuaresma. Nos recuerda que en algún lugar del pasado turbio, los seres humanos tuvimos al menos un momento de pureza, cuando disfrutamos de una vida mejor, una vida sin todas las luchas que tenemos ahora.

En otras palabras, no siempre fuimos así. No siempre tambaleamos a través de nuestras experiencias como Homer Simpson. Nuestros corazones no siempre comenzaron a latir cada vez que vemos un cono de helado o una galleta chocolate. No siempre nos fue tan difícil concentrarnos en la Palabra de Dios, mientras que a la vez nos fue tan fácil concentrarnos en por qué tal y tal debería haberme hablado antes de hablar con esa otra persona: ¡cómo se atrevía a desairarme!

Todavía viviríamos en ese paraíso, en ese jardín pacífico de una vida más grande, si tan solo nosotros los seres humanos no tuviéramos una inclinación tan desesperada por el orgullo falso.

“Oh, está bien, señora Serpiente. ¿Estás diciendo que los seres humanos realmente sabemos más que Dios? ¿De Verdad? Bueno, no necesariamente habríamos pensado eso... Pero si tú lo dices”.

Orgullo falso. El verdadero orgullo le habría dicho a la serpiente: “Esperate. Dios nos hizo. Él nos ama. Él tiene el plan mejor. Quizás no entendemos Sus reglas perfectamente. Pero lo entenderemos, al final. Todo se aclarará en los tiempos de Dios. ¡Mientras tanto, confiamos en nuestro Padre celestial!

Pero nosotros los seres humanos tendemos a confundirnos con Dios. Satanás se aprovechó de esto. Nos engañó para dudar de la Providencia del Padre celestial. Y nosotros caímos.

La muerte. Caímos en desgracia en el jardín, y nuestra naturaleza mortal comenzó a funcionar. Somos polvo, y al polvo volveremos.

Pero espera. ¿Tal vez la muerte vino como un remedio para la caída?

Perdimos la paz de la amistad perfecta con el Creador, por lo que las dudas y luchas vienen cada día. La muerte significa la conclusión de toda esta confusión y conflicto. La muerte significa que nuestra "caída" no dura para siempre. El Señor ha abierto una puerta que conduce a algo más, algo más que una vida de televisión, dietas fallidas y pagos de facturas, y nunca hacer todo bien. La muerte es la puerta de entrada a ese país diferente e inexplorado.

En nuestra lectura del evangelio, Jesús enfrentó la muerte directamente. Se acercó al hambre y la deshidratación. Pero le dijo a Satanás: “El hombre vive de

toda palabra que sale de la boca de Dios, y le debemos nuestro servicio solo a Él. No debemos poner a prueba Su Providencia".

Dios puede probarnos a nosotros. Él puede darnos una Cuaresma inusualmente dura. Una Cuaresma terriblemente frustrante. Una Cuaresma de buenas intenciones que cojean, muy por debajo de la marca.

Si el Señor usa esta Cuaresma para llevarnos a una noche oscura del alma, y no sentimos Su presencia, y cualquier futuro bueno y esperanzador parece estar muy lejos, lo alabaremos y lo bendeciremos por ello. Nada nos acerca más a Dios que cuando Él exige que vivamos por fe pura, sin ningún consuelo en este mundo.

Cada uno de nosotros tiene sus propios problemas particulares. Pero todos tenemos un problema en común: somos miembros de la raza humana caída. Y el Señor nos ofrece a todos una solución común a nuestro problema: la fe. La fe en Jesucristo y la fe en el Padre celestial que, por amor puro, envió a su Hijo eternamente engendrado a vivir una vida humana, para que nosotros los seres humanos pecaminosos pudiéramos llegar al cielo.

Queremos la intimidad con nuestro Creador que perdimos cuando cayeron nuestros primeros padres, la intimidad que esperamos tener en el cielo que Jesús ganó para nosotros. De hecho, sí tenemos esa intimidad incluso ahora. Cuando

dejamos que el Espíritu nos guíe al desierto, a la nube oscura de la fe cristiana sin miedo.